



Carta pastoral

Transmitamos la esperanza

Mons. Charles MOREROD OP

*23 de marzo 2025
3^{er} Domingo de Cuaresma, Año C*

En la vida de la Iglesia Universal, y por lo tanto también aquí, dos elementos marcan la actualidad: el año de la esperanza y el proceso sinodal que continúa. ¿Por qué estos dos elementos? Porque la Iglesia se encuentra en una encrucijada, con la que tiene que tomarse en serio la pregunta de Jesús: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra? »¹ Ciertamente ponemos esta pregunta en relación con la promesa de Jesús: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos»². Sin embargo, esta última frase es una llamada a la acción de los discípulos, y tenemos una responsabilidad que asumir.

El papa ha elegido la esperanza como tema para este año santo, porque es un elemento esencial de la vida cristiana y porque nuestro mundo está muy necesitado de ella. Y ¿quién anuncia una esperanza creíble en nuestra sociedad? Podemos hablar de esperanza porque la Iglesia no solo habla de Jesús, sino que celebra su presencia.

En cuanto al proceso sinodal, me alegró que cerca de 1'000 personas se hayan reunido en febrero en nuestra diócesis. Sin embargo, esto también plantea una pregunta: el objetivo es reunir a la comunidad cristiana, pero la inmensa mayoría parece no estar interesada. ¿Por qué? Son centrales dos factores: muchos no ven la vida cristiana vinculada a una comunidad que les atraiga, y muchos piensan que en estos encuentros se dan discursos incomprensibles (como el propio término «proceso sinodal»).

Primero, los discursos incomprensibles. Hace mucho tiempo que se habla de crisis de la transmisión de la fe. Es un hecho, aunque también es cierto que el número de personas que descubren la Iglesia aumenta considerablemente (así como la reciente participación en las misas del Miércoles de Ceniza). Según un proceso que empezó hace siglos, pero que se acelera, nuestra manera de expresar nuestra fe se ha vuelto incomprensible para casi la totalidad de nuestros contemporáneos (incluso para muchos practicantes). Pero a menudo somos incomprensibles porque ya ni siquiera intentamos explicar, dando la impresión a nuestros interlocutores de que pensamos que son estúpidos. Pero al ver que no les explicamos nada, deducen que la estupidez está de lado nuestro, y esto afecta a la imagen de toda la Iglesia.

¹ Lucas 18,8.

² Mateo 28,20.

Entre los creyentes, ¿quién puede presentar a los no creyentes lo que entendemos por «Palabra de Dios»? Mientras que nos referimos a ella... Y ¿cómo entender nuestros testimonios si no podemos explicar el motivo? Veo por ejemplo que los confirmandos adolescentes a menudo comparan lo que les dicen en la escuela con lo que escuchan en la preparación de su confirmación. Cuando lo relacionamos, el resultado puede ser realmente magnífico (y no es tan raro, sobre todo cuando hay profesores implicados por ambas partes). Cuando ni siquiera intentamos tener en cuenta sus preguntas, los adolescentes simplemente deducen que no hay nada que buscar en la Iglesia. No es nada raro, desgraciadamente, ya que es una manera muy eficaz de apartarlos, ellos y sus familias, de la Iglesia durante generaciones.

Todo esto plantea preguntas de formación que no tienen cabida en esta carta, pero quiero recordar la existencia de formaciones cristianas para adultos. Existe un deber que no solo concierne a los «especialistas»: «Estad dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza»³. Si no logramos decir qué es nuestra esperanza y cuáles son sus motivos, la esperanza se convierte en una amarga decepción.

En cuanto a las comunidades cristianas, nuestro proceso sinodal también ha sido la oportunidad para volver a lo que invito constantemente desde que soy obispo (me di cuenta de lo mucho que lo hacía cuando me lo mostraron...). Hacen falta lugares en los que podamos ser felices de celebrar la fe en una comunidad viva a la que queramos volver. Estos lugares existen entre nosotros, y desempeñan un papel importante en la acogida de nuevos creyentes: si no pueden vivir con alegría su fe, no continuarán, como lo demuestra la experiencia. Estos lugares son a veces centros naturales. En algunas regiones no existen tales centros y he escuchado para estos lugares la excelente idea de centros itinerantes: nos movemos todos juntos, de una iglesia a otra, domingo tras domingo. Si queremos seguir anclados a nuestro campanario porque «siempre se hizo así», este reflejo es respetable, pero es una lógica inconsciente de desaparición. Me conmovió recibir a personas que durante años animaron su pequeña iglesia, donde ya no se celebraba misa dominical; vinieron a

³ 1 Pedro 3,15.

verme con esta observación: «Lo hemos intentado todo, seguíamos siendo el mismo grupo, reducido por envejecimiento, ya que solo concernía a las personas que habían aprendido, hace tiempo, que debían ir cada domingo a su parroquia». Lo que estas personas hicieron, y lo que otras hacen ahora, es muy respetable, pero no reemplaza los encuentros en una sociedad ahora mucho más móvil, y en la que necesitamos apoyo mutuo. Tendremos que renunciar a lugares de culto que hemos querido, pero es para encontrar la alegría de comunidades vivas que ya veo, y que son fuerzas de futuro, centros de esperanza. Hay que saber apostar más por las personas que por los edificios, cuando los recursos exigen prioridades.

Muchos de nuestros signos se han vuelto mudos, pero el Señor está presente, y mi puesto de observación me permite ver muchos efectos de la acción del Espíritu Santo. ¡Que nuestra palabra y nuestro testimonio común los amplifiquen! ¡Creo en Dios!

Vuestro Obispo
✠ Charles MOREROD

- *El texto se leerá como homilía durante las celebraciones de los días 22 y 23 de marzo.*
- La carta pastoral puede descargarse a partir del 24 de marzo de nuestra página internet (rúbrica « A notre propos », sous-rubrique « Évêques », « Mgr Charles Morerod »): <https://diocese-lqf.ch/nos-eveques/mgr-charles-morerod/lettres-pastorales/>